

entre los ensayos (pensemos durante un momento en el reto que esto significa, el reto de no caer en formatos preestablecidos), cada uno de ellos es radicalmente distinto a todos los demás, pues Virginia Woolf es ya una ensayista experimentada y sabe darle a cada texto, a cada tema, a cada autor la forma que le corresponde.

Ya para concluir, ¿qué podemos decir pues de la voz que surge de estos textos seleccionados por Federico Patán? ¿Cuál es la impresión final, entre todas las impresiones posibles que se hubieran podido dar según el material que se hubiera escogido y el orden en el cual se hubiera presentado, que nos llevamos de esta Virginia Woolf ensayista? ¿Qué tipo de mente crítica construye para nosotros Federico Patán, siempre a través de este método indirecto tan efectivo pero tan difícil de lograr, como sabe todo buen escritor? Creo que sin temor a equivocarnos podemos decir que la visión que se nos ofrece de Woolf a través de esta selección, organización y traducción tan cuidadosa de sus ensayos, una visión que de hecho vamos armando poco a poco con cada lectura nosotros mismos tal y como lo hubiera querido ella, es la visión de una ensayista innovadora, poco afecta a escuchar a los críticos tradicionales, compleja, difícil de catalogar, exigente, que crece, que evoluciona y que cambia. Pero por encima de todo, es una ensayista que siempre, de un modo o de otro, logra sumergirnos de manera total y completa por unos minutos dentro de esta antología, dentro de su propia mente y dentro de las mentes de los escritores que comenta.

¿Qué hubiera opinado de todo esto Virginia Woolf? Nunca lo sabremos, pero si recordamos que para ella la característica central de un buen ensayista es que con su obra logre envolvernos como con una cortina, para apartarnos por completo durante unos instantes del mundo que nos rodea para recorrer de su mano las reflexiones que nos ofrece, creo que podemos irnos a casa tranquilos y satisfechos de que Virginia Woolf no tendría nada que reclamarle al maestro Federico Patán acerca de la visión que de ella nos presenta en su antología.

Claudia LUCOTTI

Laura LÓPEZ MORALES, comp., notas y trad., *Literatura francófona: III. África*. México, FCE, 1997. (Tierra firme)

El tercer volumen del magnífico trabajo de investigación sobre literaturas francófonas realizado por Laura López Morales nos introduce a una región de la que, por desgracia, se conoce muy poco en México. Por esta razón, la

antología de textos africanos es doblemente bienvenida y apreciada, un complemento necesario a los dos volúmenes anteriores: el primero sobre Europa y el segundo sobre América.

Con la minucia y seriedad que la caracterizan, Laura López realiza la titánica labor de elegir de entre una enorme variedad de textos de diversos géneros, aquellos que, en su opinión, son los que mejor representan a la literatura de expresión francesa escritos en África. El hecho de tener la traducción de dichos fragmentos sería ya motivo suficiente para correr a la librería a adquirir el presente tomo; sin embargo, Laura complementa la versión en español con una magnífica introducción general, en la que hace un recuento histórico del pasado que comparten las dos regiones de África que ella estudia con tanta dedicación: la región árabe del Magreb y la del África negra. Además, la sección correspondiente a cada zona geográfica tiene otra introducción y un breve recuento crítico-biográfico de cada autor antologado.

La introducción general comienza por explicar cómo se llevó a cabo el proceso de islamización de este continente y cómo a través de los siglos las dos regiones culturales se fueron haciendo independientes, al grado de que durante mucho tiempo carecieron de puntos de contacto. Gracias al interés del escritor martiniqueño Frantz Fanon, a mediados de siglo XX se comenzó a explorar la existencia de un patrimonio común, lo que ha dado lugar a una literatura por demás atractiva e interesante, pues, como escribe Laura, “más allá de una diversidad de la que también están conscientes [los intelectuales y artistas contemporáneos], las interrogantes planteadas a través de la literatura convergen en muchos puntos comunes” (p. 12). Uno de estos puntos en común es, por supuesto, la influencia de la cultura francesa y el empleo de su lengua, la cual, en primera instancia, fue el vehículo que permitió no sólo desafiar a las instituciones del colonizador, sino también ofrecer un testimonio del pasado y de la riqueza de las tradiciones ancestrales.

Sin que la autora lo diga de modo explícito, la literatura que aparece a lo largo del presente libro se inscribe dentro de la más pura tradición poscolonial, la cual constituye, en mi opinión, la literatura más rica y atractiva de fines del milenio. Los escritores que nos presenta Laura comparten la doble visión cultural que es quizá, paradójicamente, la herencia más interesante del fenómeno colonialista del siglo XIX y parte del XX. Dentro de las enormes diferencias que pueden existir entre cada región y grupo étnico del África, lo que estos pueblos comparten es, por un lado, la influencia árabe, y por el otro, la influencia colonizadora de Francia.

Uno de los logros de Laura López es su capacidad para ofrecer la variedad de matices y la diversidad temática de estas literaturas, al tiempo que

encuentra también afinidades que constituyen una especie de hilo conductor en su libro. Entre los temas que comparten muchos de los autores se encuentra el de la imagen del padre —con el cuestionamiento del poder y la autoridad—; el de la madre y la mujer, ya sea incluida dentro del universo de encierro (casa familiar, harem o burdel) del mundo árabe, o bien como rescate de toda una tradición femenina que recupera la oralidad de las comunidades del África negra, y, finalmente, “el de la relación con la palabra, oral o escrita, con el poder del verbo” (p. 15). Dentro de este último sobresale una profunda dimensión metafórica, la cual, aunada a los giros y a los ritmos de las lenguas locales, hace de estos textos obras de una belleza literaria indudable.

La sección de literatura magrebí incluye a veinticuatro autores de distintas nacionalidades, nacidos en el siglo XX. Todos demuestran una profunda conciencia de vivir en un periodo de transición en el que la incorporación de la modernidad europea choca con los aspectos más conservadores del mundo árabe. Sin importar el lugar específico de donde provengan —Argelia, Marruecos, Túnez, Egipto o Líbano—, estos escritores suelen buscar un ancla cultural e histórica de la cual sujetarse en un mundo colonizado en el que los dobles valores crean situaciones por demás conflictivas. Hablar de cada uno de los autores incluidos en esta antología resulta imposible en una reseña de este tipo. No obstante, cabe destacar la belleza poética que contrasta con la crudeza del contexto social de ciertos fragmentos como “Que sea tu boca la que me nombre”, del argelino Rabah Belamri, o “La pregunta sin respuesta”, de la tunecina Emna Bel Haj Yahia, ambos nacidos en 1946. O bien el fuerte cuestionamiento del orden musulmán, jerárquico y machista, ante una realidad que lo socava constantemente, como se ve en los fragmentos de los autores argelinos Nina Bouraoui, “Nunca podré abandonar mi calle”, o Rachid Boudjédra, “La boda”, en los que la mordaz y alucinante violencia verbal de un narrador en primera persona deja ver las contradicciones de una sociedad llena de tabúes.

La sección que se ocupa del África negra incluye a veintiocho autores, quienes cuestionan la representación de un universo “a menudo reducido a la visión simplista de una serie de clichés que desvirtúan la esencia de los pueblos que allí se asientan y que pasan por alto los matices de una identidad que se enfrenta a los retos de la modernidad tratando de conciliar el legado de los antepasados con las exigencias del presente” (p. 273). Como señala Laura López, uno de los ejes temáticos de esta literatura es la recuperación de una dimensión oral mediante la cual se conjuga el rescate del patrimonio ancestral de los mitos, leyendas, cantos, proverbios, con una denuncia de los abusos del presente. El énfasis en la oralidad está presente en

la obra de autores como Massa Makan Diabaté, Emmanuel Dongala, Amadou Hampaté Bâ o Lomami Tchibamba, quienes sobreponen la crudeza de la realidad colonial a un pasado mítico que permanece en la memoria popular. La profunda influencia de la lengua y la cultura francesas está siempre presente en la obra de los autores presentados en la antología. Con muy contadas excepciones, como la de Abdoulaye Sadjí, quien no salió de su país, la mayoría de estos escritores pasó largas temporadas en Francia, lo que acentúa la doble visión característica de la literatura poscolonial.

Esta compleja perspectiva los lleva a mostrar un interés comprometido con la situación política y social de los países africanos, el cual se refleja en ocasiones en textos pesimistas en los que se denuncian las arbitrariedades y contradicciones de las repúblicas independientes. Mediante un discurso sutil e irónico, autores como Boubacar Boris Diop, Alioum Fantouré, Ahmadou Kourouma o Ousmane Sembène incorporan a los individuos africanos como participantes y no meros espectadores de su propia historia y rompen así con uno de los clichés más comunes de la literatura europea. De entre la variedad de géneros y temas incluidos en la antología, Laura López presenta uno de los textos ya considerados clásicos de uno de los fundadores de la literatura francófona: “África negra. La civilización negroafricana”, de Léopold Sédar Senghor. Junto con Aimé Césaire y León Gontran Damas, Senghor fue uno de los precursores del movimiento de la negritud en los años treinta y cuarenta. La conjunción de intereses literarios y políticos queda claramente representada en esta figura, pues Senghor ha combinado su carrera crítica y literaria con una abierta participación política, la cual lo llevó incluso a ser presidente de Senegal durante diecinueve años.

Otro eje temático que vale la pena resaltar es el de la situación de la mujer dentro de la sociedad negroafricana, tema del que se ocupan no sólo algunos escritores varones, como el socialista senegalés Ousmane Sembène, sino, por supuesto, también algunas autoras como Calixte Beyala, Abdoulaye Sadjí, Aminata Sow-Fall, Veronique Tadjo y una de las figuras centrales de la escritura africana feminista: Mariama Bâ, de Senegal. Sobrio y mesurado, si bien no carente de emotividad poética, el fragmento que se ofrece de esta última, “El cuaderno”, expone sus reflexiones acerca del eterno sometimiento de la mujer en las sociedades polígamas negras e islámicas. La obra de autoras más jóvenes muestra ya una posición más abiertamente feminista, así como un cambio de registro que, como en el caso de “El espejismo parisino”, de la camerunense Calixte Beyala, raya incluso en el humor negro.

El tercer volumen de *Literatura francófona* es, pues, una importante contribución al conocimiento de la literatura africana, una de las más ricas expresiones escritas de fin de siglo. Debemos agradecer a Laura López Mora-

les el que nos haya ofrecido una muestra tan variada y solicitar también a los editores mexicanos que realicen un esfuerzo mayor por difundir la interesantísima literatura de este continente, tanto en su expresión francófona como inglesa.

Nair María ANAYA FERREIRA

### Otra(-)mente/Otherhow

Marina FE, coord., *Otramente: lectura y escritura feministas*. México, PUEG/FFyL/FCE, 1999.

My mother had more magic  
in her thumb  
than the length and breadth  
of any magician

Grace Nicols

En nuestros tiempos de posfeminismo(s) podría parecer un poco anacrónico hablar de los feminismos de los años ochentas. Sin embargo, los ensayos incluidos en *Otramente: lectura y escritura feministas* surgen, en parte, del deseo de leer, interpretar y apreciar las literaturas desde perspectivas teóricas alternativas, que nos conducen al posfeminismo, un término problemático por dos razones principales. Por un lado, algunas autoras sostienen que el término surgió en el periodo entre el logro del voto —en varios países australasianos, europeos y en Estados Unidos de América— y la llamada segunda ola del feminismo en los sesentas. Por otro lado, existe la concepción “popular” del posfeminismo como resultado de la apropiación del término por los medios de comunicación. En este sentido, el posfeminismo, siempre asociado con Backlash, escrito por Susan Faludi, es una tendencia de finales de los ochentas en adelante, que muchas veces expresa hostilidad hacia las feministas y sus pioneras, tales como Mary Wollstonecraft y Virginia Woolf.<sup>1</sup>

Por esta razón, la penúltima década del siglo XX constituye un periodo muy significativo en la historia de la lectura y escritura feministas. En 1973, Harold Bloom —quien se ha hecho aún más renombrado por las reinter-

<sup>1</sup> Cf. Ann BROOKS, *Postfeminisms. Feminism, cultural theory and cultural forms*. Nueva York/Londres, Routledge, 1997.